



Pinturas que como la poesía de Walt Whitman habla de las cosas simples de la vida.

Héctor Herrera

"Pinto lo que siento y llevo adentro"

Un artista que se considera popular y pretende demostrar que también hay cosas hermosas en este mundo de odios y tensiones.



Héctor Herrera: "Vuelvo a la naturaleza porque la naturaleza va conmigo siempre".

"Cuando se ve tanto odio y egoísmo, tanta confusión en el mundo, uno a veces se siente desalentado y desanimado. Pero pinto una flor o un pájaro o unos peces y me siento libre, limpio, puro, incapaz de sentir odio contra nadie. Puedo decir algo y arrepentirme luego, pero no me arrepiento nunca de lo que pinto". Con estas palabras sencillas describe Héctor Herrera, sin proponérselo, el lírico mensaje de su arte. Y no hay más que mirar sus tapices expuestos en el Instituto Chileno Británico de Cultura (San Martín entre Rengo y Caupolicán) para captar la grandeza y, a la vez, la belleza de sus obras. Frente a sus telas se intuye su filosofía de vida. Tan profunda que no necesita de fórmula ni ecuaciones para decodificarla. El mensaje está claro.

Nada de símbolos cripticos. Y hay algo de elemental en su arte, algo que se aproxima casi a un acto ritual, por repetitivo, telúrico, universal. Tal vez por esencial. Porque hay en sus motivos una esencia decantada de siglos, cultivada de generación en generación, heredada siempre, conservada con cariño, con respeto.

La muestra que vemos es una especie de retrospectiva donde están los temas tan buscados: Valparaíso (con las casitas dispersas, escalando el cerro, el funicular, los volantines), el gorrion (el pájaro en una jaula llena de corazones), los gallos de vistosas formas y llamativos plumajes.

"Temo repetirme, pero son temas que vuelven a mí porque me gustan. Están conmigo. Me rodean. Se han de simbolizar algo, entonces ha de ser el amor, la amistad, lo que siento y llevo dentro". Pero no es el suyo un arte primitivo, sino un arte culto: "Es que, como soy de origen popular y autodidacta además, me brota un arte de expresiones puras. Lo cierto es que me considero un artista popular".

Y en esos motivos que se repiten afloran siempre la imágenes que el artista conserva de su Tomé natal: "Soy amante de la naturaleza y en Tomé viví muy unido a ella. Me gusta la vida de campo, crear junto al mar. Allí recojo mis imágenes. Mi postura es también de defensa del medio ambiente. Ojalá la gente, a través de mis cuadros, note que existen pájaros y flores, mar y peces, cosas no violentas sino hermosas, que son verdaderos remansos que invitan a la paz".

Ese es el objetivo primero tal vez de su pintura: hacer mirar. "Quiero que la gente vea que existe una humanidad que estamos destruyendo, contaminando las aguas, quemando los bosques. Y esta actitud mía ha sido siempre la misma. Porque es un mundo que conozco, el mundo de la naturaleza de Tomé donde abundaban los queules, las nalcalas, las murtillas, los peces, los caracoles...". Héctor Herrera no sólo mira el bosque y el mar, también los siente: "Porque me

considero parte de esta floresta. Soy también naturaleza, sólo que tengo la capacidad de pensar, hablar y expresarme. Pero igual voy a llegar a la tierra. Es el hombre quien debe proteger a la naturaleza, y no a la inversa, porque la naturaleza no piensa".

¿O tendrá otro lenguaje la naturaleza, otra manera de pensar que no entendemos? — "Posiblemente. Tal vez el árbol piense en su idioma, y quién sabe si el arte capte mejor ese lenguaje. Ahí tenemos la poesía de Walt Whitman que habla a la naturaleza, al hombre, a las cosas simples de la vida".

Un tiempo se dedicó a pintar de acuerdo a las motivaciones y sugerencias de la música de jazz. "Esa pintura es mi estilo, ahí veo yo verdadera creación, espontánea, poética, esencial. Mucho más que en mis tapices, porque en esas pinturas conservo el gesto puro y los motivos surgen en un estado de ánimo especial, de rebeldía contra todo aquello que me molesta en el mundo, en mí mismo. Total, uno es temperamental también".

No tuvieron esas estampas la misma suerte que sus tapices. El público prefiere ese estilo que le conoce de siempre, tan suyo, tan particular. ¿Y lo técnico —preguntamos—, el mundo mecanizado, no le ofrece nuevos motivos para sus tapices?

"También ha entrado a mis motivos, como las antenas de televisión, las chimeneas. Pero nunca me ha gustado pintar al hombre, menos la tecnología. No me muero por la tecnología. Puedo vivir perfectamente sin refrigerador ni teléfono. Mi verdad personal es otra. No pinto al hombre porque pienso que, mejor que yo, lo haría la máquina fotográfica".

Su estilo es otro. Afortunadamente lo reconoció a tiempo, lo trabajó, lo fue enriqueciendo y renovando desde adentro, sin romper sus estructuras básicas. Podría haber negado su estilo, o quedarse en él, y la verdad es que se quedó, pero modificándolo desde su verdad, siempre vital, armónico, sugerente e incluso decorativo. Y no hay nada de malo en decir que sea decorativo, porque hay un arte que, donde esté, decora por lo estimulante de sus formas y colores o lo gratificante de lo que dice.

Así, Héctor Herrera construye su arte que crece junto a su modestia y lo defiende contra su propia soberbia, como dice. Pero, ¿qué soberbia en el artista que no hay soberbia en el artista ni en su arte, y si alguna vez la tuvo —lo que cuesta imaginar— se fue esfumando al ritmo de sus pinceles, de su rica imaginación y de su fecunda riqueza interior.

A. Maack.